



La andadura expresiva *de los libros*

Normalmente, todo libro importante tiene su historia, frecuentemente perdida en la anonimidad que pide el tiempo o bien acabada en hecho luctuoso como los graves incendios de la biblioteca de Alejandría o los más cercanos de la biblioteca de El Escorial. Una parte importante del camino humano viene trazado por circunstancias biográficas. Me permitiré por ello acudir a mi juventud para explicar un poco mi afición bibliófila a perseguir libros antiguos.



Fotografía: Archivo del autor.

Balerna era un pueblecito almeriense que estaba constituido, básicamente, por una larga hilera de casas enfrentadas al mar, cuyos propietarios eran en su mayoría habitantes de Dalías y algo menos de Berja. Las

casas, de una sola planta, poseían en su frente un amplio porche que todos los años se reparaba en algún punto porque, básicamente, la misión del porche era defender la integridad de la casa frente a las embestidas del mar. Sobre todo en los inviernos, el mar barría la playa con sus olas de poniente queriendo penetrar en las habitaciones. En una de éstas, mi abuelo Ubaldo guardaba una pequeña biblioteca con libros de Galdós, Pereda, Alarcón, Menéndez Pelayo, etc., en general firmados y dedicados a mi abuelo por sus autores. Al parecer, un día del invierno alentó al viento de Poniente más allá de lo prudente, se deshizo del porche de nuestra casa y avanzó por sus habitaciones llevándose todo mar adentro. La biblioteca del abuelo, que debía heredar yo, había desaparecido. Desde entonces creció mi interés por la andadura de los libros, por el camino que llevaron ofreciéndose a ser vida en la mirada de los seres que los acogen.

Es lógico, pues, que me interesaran libros como el de Ollero, Bardón y Barrera, titulado *Libros vendidos en las casas de subastas españolas* (1995-2000) y, más precisamente la colaboración de F. Maldonado “Algunos datos sobre la composición y dispersión de la biblioteca de Quevedo”, incluido en el *Homenaje a la memoria de Don Antonio Rodríguez Moñino*, Madrid, 1975. O relaciones testamentarias como las expresadas por Rodríguez Marín en sus *Nuevos datos para las biografías de escritores*, Madrid, 1923, o el muy actual y documentado texto de Elisa Ruiz García *Los libros de Isabel la Católica*.

En este interés mío, hace años que pude ofrecer en las páginas de *El embajador* cómo el poeta y diplomático don Diego Hurtado de Mendoza adquirió en una *botteghina* veneciana un precioso ejemplar de *Le cose volgari di messer Francesco Petrarca*, editado en julio de 1501 por Aldo Manuzio, que entonces se firmaba Aldo Romano. Esta edición de la poesía petrarquesca, ordenada por Pietro Bembo según el manuscrito “hauuto da M. Piero Bembo”, presenta el atractivo de ofrecer las primicias de la famosa letra cursiva o itálica y ser uno de los primeros libros de bolsillo o faltriquera que circularon. Un ejemplar de esta edición de 1501 llevada por Navagero anduvo en la Granada de 1526 estimulando a la nueva poesía de Boscán y Garcilaso. El ejemplar que menciono se lo regaló Mendoza al cronista que andaba pergeñando su

biografía y éste acabó donándoselo a un tal fray Patricio, hombre de buen humor y experiencias mundanas que se lo ofreció al caballero Palmaverde, adentrándose así en el siglo XVII camino ya de rutas europeas por donde terminó asentándose en las estanterías de mi biblioteca, en la que descansa junto a un ejemplar, algo menos raro, de las *Rime* de Petrarca, impreso en Venecia, 1564, con caracteres itálicos y pequeños grabados sobre madera. El ejemplar, perfectamente encuadernado y conservado tiene el exlibris de Dr. J. A. VAN PRAAG., lo poseyó Joseph Bevan Braithwaite y anduvo en manos del buen librero Luis Bardón quien me lo proporcionó.

También por un amigo y colega de Bardón, Guillermo Blázquez, pude conseguir un ejemplar bellamente encuadernado de la poesía de Petrarca, con “L’espositione” de Vellutello, en su edición de 1538, que fue texto muy recibido en nuestro siglo XVII. Mi ejemplar, a la vuelta de

*Sobre todo en los inviernos, el mar
barría la playa con sus olas de poniente
queriendo penetrar en las habitaciones.
En una de éstas, mi abuelo Ubaldo
guardaba una pequeña biblioteca con
libros de Galdós, Pereda, Alarcón,
Menéndez Pelayo, etc.*

la portada, ofrece manuscrita la precisión: “Por comisión del Santo Oficio corregí este libro conforme al expurgatio nuevo de 1612 en Cuenca a 13 de octubre de 1613. Miguel Checa”. Y luego añade: “y conforme al nuevo catálogo de 632 del de Valera señor cardenal Zapata. En Cuenca a 21 de junio de 632. Don Tomás Rodríguez de Monroy”. La única corrección que hallo en el ejemplar es un trozo de papel que bien pegado al texto censura el famoso soneto “L’avara Babilonia a colmo il sacco”, soneto que igualmente aparece censurado, con tachadura, en la edición de 1528, según el ejemplar que manejo y que perteneció a Armando Cotarelo Valledor.

A veces, los libros se encuentran indirectamente. Acudí a un particular para adquirir la rarísima edición de la que tuvo ejemplar el Marqués de Jerez, de las *Obras* de Garcilaso de la Vega anotadas por Francisco Sánchez, Salamanca, 1574, y que se ofrecía junto a la también rara de Luis Brizeño de Córdoba, Lisboa, 1626. Abandoné momentáneamente mi interés en

Garcilaso al toparme con un ejemplar en pergamino nuevo en cuyo lomo se lee: *Sedulio. Paschale cum commento Nebrissensi. 1510.* El ejemplar, rarísimo, estaba perfectamente conservado, con anotaciones manuscritas en sus márgenes muy debilitadas por el tiempo. Al final del poema épico que sintéticamente narra en sus dos mil hexámetros los milagros de Jesucristo, el colofón precisa: “Lugrunii, xvii calendas Ianuari anno salutis cristiane M.d.x...” Con una posteridad que ignoro, en el blanco final de la página, se advertía en clara caligrafía: “La fecha está marcada según la candelación romana propia de los humanistas”. Esta edición comentada por Nebrija, de la que sólo tengo noticia de otro ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid, logré llevármela para casa. El *Paschale* mereció la atención de humanistas como Juan Sobrarias o Arias Barbosa, y el ejemplar que ahora manejo debió caminar ambientes de gramáticos y predicadores que lo cuidaron físicamente. Uno de éstos fue un desconocido presbítero de Toledo, que dejó manuscrita su advertencia sobre la fecha de calendación romana, lo que, atendida, permite fijar el 16 de diciembre de 1509 para este *Sedulio* posiblemente editado por Arnao Guillén de Brocar, quien se adelantaría a la edición de Salamanca que algunos dan por anterior.

Muchos libros nos manifiestan a través de sus exlibris dónde moraron alguna vez y de dónde partieron por defunción de sus dueños, división notarial e incluso robo. Tal ocurre con los que con el exlibris “Soy de Armando Cotarelo Valledor”, que no son, o eran, difíciles de encontrar. En ocasiones como en las *Illvstrivm Virorum Epistolae*, Venecia, 1520, la bella encuadernación en piel verde, con marcas en oro y el escudo de J. Gómez de la Cortina, nos manifiestan el buen hogar que tuvieron, incluso por la curiosidad hacia un antiguo exlibris

Fotografía: Archivo del autor.



que se ofrece en contraportada y el largo texto manuscrito en latín que nos ilustra sobre Angelo Poliziano y su polémica con Paolo Cortese acerca del concepto de imitación. Difícil asentamiento, dadas sus huellas, presentan libros procedentes de la Biblioteca del Marqués de Monistrol como el Horacio con la declaración del Doctor Villén de Biedma, Granada, 1599 o la primera traducción completa al castellano de la *Vlyxea de Homero* debida a Gonzalo Pérez, Anvers, 1556. En nota manuscrita se lee que este Gonzalo Pérez tuvo una extraordinaria biblioteca que adquirió luego Felipe II y era padre de Antonio Pérez, el famoso secretario de Felipe II a quien Martín Laso de Oropesa dedicó su traducción en prosa castellana de la *Farsalia* de Lucano, Burgos, 1588.

Cerraré este breve recuerdo con un ejemplar adquirido en Italia y que estuvo en el salón de una dama veneciana a la que hubiera gustado tratar el bibliófilo don Diego Hurtado de Mendoza, cuya biblioteca también adquirió Felipe II. Es una curiosa edición de *Il cortegiano del Conte*

Baldessar Cartiglione realizada sobre un ejemplar que poseyó Lodovico Dolce y fue anotando en los márgenes. Fue impreso por Guglielmo Rouillio, Lyone, 1562. El libro, encuadernado bellamente en una femenina piel azul y cantos dorados apunta a las manos que pasaron sus páginas, por las señales manuscritas que se suman a los impresos añadidos marginales de Dolce. Algo más firme se manifiesta la señal, cuando el texto del *Cortegiano* escribe (pág. 353) de “un’esercito d’innamorati” que combatieron en la guerra de Granada “in presenza delle donne da loro amate...”

Estos volúmenes mencionados, y otros muchos que sería oneroso continuar citando, manifiestan en sus encuadernaciones y notas manuscritas escritas en portadas o márgenes, cómo fueron libros atendidos material e intelectualmente. Habitaron en espacios nobles o en estancias modestas en las que siempre había espacio y cuidado para ellos. Quizás apene pensar que su camino

*Muchos libros nos manifiestan
a través de sus exlibris
dónde moraron alguna vez
y de donde partieron por defunción
de sus dueños,
división notarial e incluso robo.*

hasta llegar a las librerías antiguas se debió a la pérdida física de las personas que los recepcionaron y que tan vinculados a los libros estuvieron. En todo caso son libros que en las anotaciones manuscritas de sus dueños exteriorizan, a veces, un cierto deseo de permanecer en ellos cuando los visite la muerte, encomendándoles así a sus páginas que porten su recuerdo en el viaje hacia otros hogares y mundos. Comencé a pensar en este valor de la andadura de los libros, que quieren exteriorizar con quienes compartieron el amor de la vida, cuando un día ya sin fecha perdí aquellos libros de mi abuelo por la furia del mar en un invierno de Balerna. ■

* Antonio Prieto es Miembro del Comité Científico de Mi Biblioteca.